

empresa, ó contribuyesen á ella con su hacienda, el perdon de sus pecados. El mismo Pontífice expidió otro breve, dirigido á los superiores de las religiones de Santo Domingo y San Francisco del reino de Navarra, para que procurasen conmovier los ánimos de los naturales, y prosigue Oderico Rainaldo: *Como en esta expedicion se interesase la causa de Cristo, juzgó su Vicario serian muy bien empleadas en ella las riquezas de la Iglesia; y así, dió licencia se contribuyese para esto al rey D. Alonso, por tres años, con la tercera parte de las rentas decimales, destinada para la fábrica y reparacion de las iglesias. Y porque en el arzobispado de Compostela no era estilo dejar cosa alguna de los diezmos para la fábrica, mandó que de las demas rentas de las iglesias se cobrase la misma cantidad, y se entregase al Rey para los gastos de aquella guerra.*

No contento con esto el piadosísimo Inocencio, mandó publicar la cruzada, segun costumbre habida desde las guerras de Oriente, y por lo dispuesto en el concilio Lugdunense, al que asistió el papa Urbano II. En otro breve, despachado en Anagni á principios de agosto, dice el mismo Inocencio: *Respecto de haber mandado predicar en España la cruzada contra los moros de Africa, tomamos debajo de la proteccion de San Pedro y la nuestra las personas y haciendas de los cruzados que pasasen á aquellas partes con nuestro carísimo hijo en Cristo, el ilustre rey de Castilla y de Leon, ó con su lugarteniente, mandando que hasta que se tenga noticia cierta de su muerte ó de haberse venido, no se les inquiete en cosa alguna, y permanezcan debajo del amparo de los arzobispos, obispos y demas prelados de la Iglesia. Tan santa intencion, tan buenos deseos, quedaron otra vez paralizados por la desavenencia que acaeció entre el rey D. Alonso X y su suegro, D. Jaime de Aragon.*

Muerto el papa Inocencio IV, y elegido catorce días despues Alejandro IV á fines del año de 1254, no habian trascurrido seis meses desde su elevacion á la silla de San Pedro, quando expidió un breve, que lleva la fecha del 12 de mayo siguiente, dirigido á D. Lope, obispo de Marruecos *in-partibus*, en el cual se lee: *Nuestro carisimo hijo en Cristo, el ilustre rey de Castilla, celador de la fe católica y del pueblo cristiano, pretende pasar personalmente ó por medio de su lugarteniente, y con copioso número de gente de guerra, segun por parte suya nos ha sido insinuado, contra los moros de Africa, enemigos de la cruz de Cristo y del nombre cristiano. Y porque para semejante empresa le será de gran provecho el socorro de los fieles de Cristo, concedemos á su paternidad, en virtud de las presentes, libre facultad de predicar en España y en Gascuña la exaltacion de la cruz, ya por sí mismo ó por medio de otros varones idóneos, y el perdon de los pecados, que se concede por el concilio general á los que dan socorro y ayuda á la Tierra Santa.* Proyecto pensado con tanta madurez no pudo llevarse á cabo por las complicaciones gravísimas que ocurrieron en el reino. La casa de Lara, uno de los cuatro solares más antiguos de Castilla, pujante en armas y en vasallos, rica con los despojos de las guerras, y todavía más con la munificencia de los soberanos, con ménos patriotismo que á lo noble de su alcurnia correspondia, y con más ambicion que patriotismo, encendió la hoguera de la guerra civil, de larga duracion y de consecuencias deplorables. Mal apagado este fuego, encendióse otro, consecuencia del mismo, y fueron causa y parte muy principal los mismos hijos del Rey, con lo cual, alterado el reino y dividido en parcialidades, apenas quedó tiempo para pensar en otra cosa que en apaciguarlas.

Vivo tambien el pensamiento de los reyes de la casa de Aragon

en la conquista de Africa, en los tiempos de D. Jaime el I se vislumbran ya tan religiosos como políticos proyectos. Reunidas las Cortes en el antiguo palacio de los condes de Barcelona, por mandamiento expreso del Monarca, trataron de la conquista de Mallorca. En aquella reunion se expusieron por causas legítimas para emprender la expedicion, que al fin fue coronada con el éxito más venturoso, no solo las que movian entónces á todo fiel cristiano á pelear contra los moros, sino tambien las que precavian males y daños futuros, las que regularizaban la guerra, haciéndola ménos duradera, asegurando al mismo tiempo los países conquistados. Están situadas las islas Baleares en el mar Mediterraneo, entre Africa y España; llave, por decirlo así, de uno y otro continente. El dueño de tan favorable posicion puede con facilidad penetrar en Africa y defender el litoral de España, y esto decian y á esto encaminaban sus miras los ricos-hombres, los barones y prelados aragoneses, al aconsejar al Rey la conquista de Mallorca.

Las continuas desavenencias entre los reyezuelos de Africa, seguidas siempre de guerras y desposeimientos, cobraron mucha fuerza en los tiempos del gran rey D. Pedro de Aragon. No solo peleaban entre sí los distintos linajes, sino que tambien los individuos de una misma familia se entretenian en asolar los campos, quemar los panes, entrar á saco las ciudades, rendir fortalezas, y por último, usurparse unos á otros las coronas. Uno de estos exiguos monarcas, que lo era de Constantina, acosado por el usurpador de Túnez, que habia quitado el cetro y la vida á su legítimo poseedor, envió secretamente mensajeros al rey de Aragon, ofreciéndole entregar á Constantina si le socorria con ochocientos caballos y diez mil peones, desembarcando en Alcoll, á diez leguas de su corte. Acogió el rey D. Pedro á los mensajeros



con muestras señaladas de gran contentamiento, y haciendo de pronto sus preparativos, el tiempo le parecia corto para el embarque de sus bien dispuestas huestes. Allegó gente valiente y endurecida en la fatiga y hecha á la guerra, y no eran los ménos valerosos los almugárabes y adalides de la frontera de Valencia y Murcia, y los golfines que estaban en el puerto del Muradal. Llegó el Rey con su ejército á Alcoll; diera la noticia de su llegada una saetia despachada con tiempo por el almojarife de Menorca, con lo cual quedó en parte frustrada la intencion del Rey. Y como las cosas habian cambiado de aspecto en aquella parte del Africa, como Constantina estuviese ya en poder del enemigo, y el Rey á quien iban á favorecer, desposeido y muerto alevosamente, no pudo D. Pedro completar su obra, dado que bien mostró su intencion. No se dió por vencido, sin embargo. Desembarcó sus tropas, fortificó aquel lugar de la costa, desafió todo el poder de los tunecinos, y venciólos en varios encuentros, en los cuales el conde de Pallars y otros caudillos tuvieron ocasion de mostrar su generoso ardimiento.

Como la fortuna parecia sonreir al monarca aragonés, no pensó en la retirada; ántes al contrario, su osadía llegó á punto de creer fácil la conquista de toda la Berbería. Envió con tal motivo sus embajadores al Papa, pidiéndole socorro y ayuda, por ser el asunto grave, mucha la utilidad que la cristiandad reportaba, y poca la gente para tan vasto plan. Era sucesor de San Pedro á la sazón el papa Martino IV, francés de nacion, cardenal de Santa Cecilia, y ántes Simon del Torso. En mala coyuntura llegaron los embajadores. Recibiólos con cortesía el Pontífice, pero del todo desahuciados en cuanto al acorro que pedian; y la cosa, sin embargo, era muy natural. Por aquel tiempo habia ocurrido en Sicilia el levantamiento, tan sangriento

como conocido en la historia con el nombre de *Visperas Sicilianas*, verificado á causa del odio que los naturales tenían á los franceses y á su rey Cárlos. Profesaba á este grande amistad el Pontífice, el cual miraba con prevencion á la casa de Aragon, con lo que los embajadores se retiraron muy despagados, acompañados de otros embajadores sicilianos, que fueron al Africa á ofrecer á D. Pedro la corona de aquella isla. Aceptóla el Rey, reembarcó sus huestes henchidas de botín y no escasas de gloria, no sin haber hecho tributario al rey de Túnez, que se dió por muy servido con ver partir de sus tierras á aquellos incómodos huéspedes.

Y ¿á qué, señores, aglomerar más citas y más hechos de esta misma índole ó parecida? El rey D. Alfonso el XI, ¿no conquistó las Algeciras con miras políticas al propio tiempo que religiosas? D. Alonso V de Aragon, ¿no adoptó el pensamiento de D. Pedro, y fue al Africa, y desbarató los moros en varios encuentros, y por esto, y por las altas prendas que le adornaron, mereció los aplausos de la Historia y de la Poesía? En los tiempos del célebre marqués de Santillana era popular la opinion de la conquista y ocupacion de parte del Africa; hombre tan eminente cantó las glorias del monarca aragonés, diciendo en la comedieta de *Ponza*:

Este la su espada ha fecho sentir
Al grand africano con tanta virtud,
Que los pies equinos le fueron salut,
Dejando los litos, fuyendo el morir.

Y al final de la misma obra, cuando el poeta predice los altos destinos que aguardan á la raza de los reyes de Castilla, exclama la *Fortuna* :



Ca non solamente serán delibrados
 E restituidos en sus señorías,
 Mas grandes imperios les son añadidos,
 Regiones, provincias, ca todas son mias;
 E de este linaje infinitos dias
 Verná quien posea grand parte del mundo;
 Ayet buen esfuerzo, que en esto me fundo,
 E cesen los plantas é las elegias.

Los cuales, demas de toda España,
 Habrán por heredo diversas partidas
 Del orbe terreno, é por grand fazaña
 Serán en el mundo sus obras habidas;
 Al su yugo é mando vernán sometidas
 Las gentes do beben del flúmen Jordan,
 D'Eufrates, del Ganges, del Nilo serán
 Vencientes sus señas, é nunca vencidas.

Existia de muy antiguo la opinion de que á los cristianos con-
 venia extender su imperio más allá del mar Mediterráneo; allí
 estaba la gloria, allí el porvenir de España. Las guerras interio-
 res, y por decirlo así domésticas, impidieron que príncipes ilus-
 trados y religiosos llevaran á cabo tan feliz pensamiento; y si á
 principios del siglo xvi cobró nuevos bríos, y un éxito feliz
 coronó el comienzo de la empresa, debido fue á la completa
 trasformacion que habian sufrido los reinos, hasta entónces opri-
 midos con desgracias, desgarrados por discordias y humillados
 por los vicios, ambiciones y rencores de sus príncipes y magna-
 tes. ¿Qué no habian de alcanzar, hasta dónde no habian de lle-
 gar con sus aspiraciones y con su conducta los hombres que
 rodearon el trono de los Reyes Católicos? Ellos poseian en grado
 heróico dos sentimientos profundos: la Religion y la Monarquía.
 En su creencia no cabian metafísicas sutilezas, ni en su conducta
 culpables contradicciones. Creian que con tales elementos se sal-
 van las sociedades, y que con ellos salvarian la asendereada
 nacion española. Si sus hazañas fueron fabulosas, su valor

temerario, su abnegacion y patriotismo sinceros é indudables, debido era á la fe que abrigaban sus corazones, al respeto y veneracion con que miraron siempre en un pueblo eminentemente católico la religion de sus mayores y la institucion secular de la monarquía. Todo, señores, era grande, generoso en aquella época de feliz recordacion. Ni los reyes tomaban sobre sí la inmensa responsabilidad de gobernar el reino sin el consejo de hombres sabios y sin la cooperacion de las Cortes, ni los súbditos apelaban á la sinrazon de las revoluciones, siempre violentas, las más veces estériles. Distinguíase el milite guerrero por su hidalga obediencia, en la cual no cabian ni términos medios ni farisáicas interpretaciones. No les envanecia el suceso si no era este de gran valía; llamaban escaramuzas á las tomas de las plazas fuertes, y batallas á las conquistas de un reino. El merecido galardón repartíase con mano escasa, y no se pretendia con soberbia ni con impacientes alardes, bastando solo á aquellos héroes el renombre conquistado y la imperecedera fama de que ya gozaban. La palabra empeñada era un vínculo tan sagrado, que no se rompía sino con la muerte. Por eso se podia contar con la promesa, y era sagrado el juramento. Las palabras tenian la significacion natural, genuina que les ha dado la razon de los siglos: al valor se le llamaba valor, á la lealtad, lealtad, y á la traicion, traicion. Aquellos hombres acomodaban sus acciones á la inteligencia que los sabios, los grandes y el vulgo daban al habla castellana. No se disimulaban grandes crímenes con ligeros pretextos, ni habia excusa para el cobarde ni para el felon. El Gran Capitan, injustamente maltratado por la corte, sufrió con paciencia los desdenes del Rey; el descubridor del Nuevo-Mundo, una persecucion injusta y escandalosa. Grandes estos héroes, más en la desgracia que en la prosperidad, dieron



un ejemplo de valor y de lealtad, que por desgracia halló en lo sucesivo pocos imitadores.

Perdóneme la Academia esta digresion. La época de los Reyes Católicos es una enseñanza sublime, es un espejo de caballeros y de soldados; y aunque á todos amonesta con su ejemplo, en cambio tambien á todos engrandece con sus glorias.





1083526

